

RESEÑA

BENNETT, M., DENNETT, D., HACKER, P. & SEARLE, J.: *Neuroscience and Philosophy. Brain, Mind, and Language*, Columbia University, New York, 2007, 215 pp.

Maxwell Bennett y Peter Hacker en 2007, en *Neurociencia y filosofía. El cerebro, la mente y el lenguaje* han tratado de justificar una posible complementariedad entre el lenguaje en *primera persona* de la *filosofía de la mente* y el lenguaje en *tercera persona* de la *neurociencia*, tratando a su vez de poner punto final a su vez a los anteriores debates entre Dennett y Searle. A este respecto ya en una obra anterior, *Fundamentación filosófica de la neurociencia* (Bennett, M.; Hacker, P.; *Philosophical Foundations of Neuroscience*, Blackwell, Melden, 2003), habrían recurrido a la *filosofía de la mente* del segundo Wittgenstein, así como a los nuevos hallazgos empíricos de la *neurociencia*, a fin de lograr una adecuada articulación entre ellas. En efecto, en su opinión la *filosofía de la mente* del segundo Wittgenstein habría justificado sus conclusiones al modo de una *crítica de sentido* que a su vez está sobreentendida tras cualquier hallazgo empírico de la neurociencia, volviéndose sus propuestas un sinsentido en el caso de no respetarlas. Por su parte la *neurociencia* habría ampliado considerablemente los hallazgos empíricos sobre los que se justifican sus propuestas de modo que la filosofía de la mente que no las tenga en cuenta se vuelve falsa o simplemente errónea. De ahí que se debe proponer un *modelo de interacción mente-cerebro* que sea compatible con las evidencias empíricas del lenguaje objetivo en *tercera persona* propio de la *neurociencia*, pero que a su vez también sea coherente con las *condiciones de sentido* que a su vez impone el *lenguaje en primera persona* propio de la filosofía de la mente.

De todos modos tanto entonces como ahora se localizan diversas dificultades que deben ser evitadas por este tipo de modelos interactivos mente-cerebro. 1) Se debe establecer una estricta separación entre las cuestiones acerca de la *verdad* o *falsedad* de una evidencia empírica neurocientífica, respecto de las *condiciones de sentido* que a su vez son fijadas por la *filosofía de la mente* a fin de que sea posible aquella misma verdad o falsedad; 2) Se debe evitar por todos los medios posibles la aparición de una *falacia* o *sofisma mereológico*, que confunde las propiedades psicológicas de la mente con las características meramente biológicas del cerebro y de los “qualia” neuronales, atribuyendo indistintamente unas a otras, sin apreciar que simplemente (merely) se pueden atribuir a una de ellas, como con anterioridad ya habría sido indicado por Ullman, Gregory y Blackemore frente a Marr, Young y Friby;

3) Es posible justificar una posible concordancia entre el lenguaje subjetivo en *primera persona* de la *filosofía de la mente*, con el lenguaje objetivo en *tercera persona* de los *neurocientíficos*, siempre que la noción de conciencia sólo se aplique a la resolución de cuestiones estrictamente filosóficas de imposible justificación experimental, mientras que para la resolución de las cuestiones empíricas se debe seguir fomentando un uso aún más estricto de la noción de experimento mental o crucial, sin remitirse a ningún tipo de entidad metafísica de imposible verificación.

Evidentemente las propuestas de Bennett y Hacker resultaron muy polémicas. Dennett objetó que los modelos interactivos mente-cerebro de la neurociencia pretenden explicar los estados mentales mediante una verificación empírica más exhaustiva de la respectiva actividad cerebral, sin poder establecer unas condiciones de sentido que a su vez pudiesen quedar excluidas de un modo “a priori” de este tipo de exigencia, cuando a su vez son resultado de una antropología ingenua elaborada con muy poco sentido crítico. Por su parte Searle objetó que la recuperación de la crítica del sentido del segundo Wittgenstein por parte de la neurociencia sigue adoleciendo de las mismas limitaciones que ya entonces presentó, a saber: el segundo Wittgenstein trató de evitar el solipsismo de un *lenguaje privado* plenamente objetivo mediante unos *juegos de lenguaje* de validez pública e intersubjetiva. Sin embargo, esta última estrategia trataría de resolver las anteriores limitaciones mediante un conductismo aún más sofisticado, que denuncia la *falacia mereológica* que se introduciría en cualquier intento de explicación de la peculiar *intencionalidad causal* indirecta que la actividad cerebral a su vez ejerce en la respectiva actividad mental.

Por su parte, Bennett y Hacker rechazan estas objeciones haciendo notar que la *crítica de sentido* del segundo Wittgenstein localizó un tipo de presuposiciones cognitivas que, como ahora sucede con la noción de conciencia o de mente, quedan efectivamente inmunes a toda posible crítica, incluida la propia formulación de la anterior *falacia mereológica*. Por otro lado, también hacen notar cómo la *intencionalidad causal* a la que se refiere Searle seguiría siendo un uso *metafórico* antropológico de la noción de intencionalidad, sin que se pueda seguir hablando de una *intencionalidad directa* propiamente dicha. De ahí que ahora se reafirmen en el anterior modelo de *complementariedad* entre el lenguaje en primera persona de la filosofía de la mente y el lenguaje en tercera persona de la neurociencia.

Para justificar estas conclusiones se dan tres pasos: 1) Se describe el *argumento* defendido por Bennett y Hacker en *La fundamentación filosófica de la neurociencia*, recogiendo por separado los tres principios que permitirían establecer una complementariedad entre las tesis de la filosofía de la mente y de la neurociencia; 2) Separadamente Dennett y Searle *refutan los argumentos* de Bennett y Hacker, haciendo ver los numerosos puntos de discrepancia que existen entre ellos; 3) *Réplica a las refutaciones* la propuesta final de Bennett y Hacker, reafirmando en sus anteriores propuestas.

Para concluir, una reflexión crítica. Las últimas propuestas de Bennett y Hacker pretenden cerrar el debate, pero es muy discutible que realmente lo consigan. Más bien parecen reafirmarse en sus anteriores propuestas metodológicas sin entrar a debatir los nuevos problemas que ahora les plantean Dennett y Searle. Sin embargo, podría sacarse una conclusión de la reconstrucción del debate que ahora llevan a cabo. En efecto, parece que los modelos de interacción mente-cerebro necesitan recurrir a los lenguajes en *primera* y *tercera persona* para lograr una adecuada justificación de sus respectivos presupuestos, pero de hecho podría necesitar a más tipos de lenguaje. De hecho, de la reconstrucción somera que ahora Bennett y Hacker llevan a cabo, podría concluirse que la neurociencia y la filosofía de la mente necesitan recurrir a diversos niveles de lenguaje, si no quieren seguir viviendo una de espaldas a otra, a saber: 1) El lenguaje conductista en *tercera persona* propio de la neurociencia, que ahora se debería interpretar como el lenguaje solipsista del Tractatus en el primer Wittgenstein; 2) El lenguaje igualmente conductista de los *juegos del lenguaje* del segundo Wittgenstein, a fin de poder tener en cuenta en mayor medida los estados mentales de la conciencia; 3) El lenguaje en *primera persona* de la filosofía de la mente de Searle, ya se justifique a partir de la *crítica del sentido* del segundo Wittgenstein, de Anscombe o del razonamiento práctico aristotélico; 4) El lenguaje metafísico acerca de las condiciones de posibilidad y de sentido de esta misma reflexión metateórica sobre la interacción existente entre la mente y el cerebro, que a su vez está sobreentendido en las tres anteriores formas de lenguaje.

Carlos Ortiz de Landázuri*
Universidad de Navarra

* Barberá, 1998b, p. 56.